

CAPÍTULO III

LA HERENCIA DE LA MEMORIA Y DE LOS HÁBITOS

Para comprender la herencia de la memoria, importa plantear bien la cuestión, tomarla en toda su generalidad. En la acepción corriente de la palabra, la memoria, según la opinión general, comprende tres cosas; la conservación de ciertos estados, su reproducción, su localización en el pasado; pero esto no es más que un caso particular de la memoria, el más elevado y el más complejo. Estos tres elementos son de desigual valor; los dos primeros son necesarios, indispensables; el tercero, el que en lenguaje de escuela se llama el «reconocimiento» completa la memoria, pero no la constituye. Suprimid los dos primeros y queda anulada la memoria, suprimid el tercero, y la memoria deja de existir para sí misma, pero sin cesar de existir en sí misma. Este tercer elemento, que es exclusivamente psíquico, se nos muestra como yuxtapuesto á los otros. Estos son estables, aquél inestable, aparece y desaparece; lo que representa es la intervención de la conciencia en el hecho de la memoria.

He tratado de demostrar en otra parte (1), al por menor, que el recuerdo claro y exacto es el último término de una larga evolución, y como la inflorescencia cuyas raíces arrancan de bien profundo en la vida orgánica; en una palabra que la memoria es por esencia un

(1) *Las enfermedades de la memoria*. Trad. española, Madrid, Rojas, 1899.

hecho biológico, por accidente, un hecho psicológico. Admitida esta posición, y siendo considerada la memoria como una propiedad vital, como una aptitud del sistema nervioso para conservar ciertos estados y reproducirlos, el papel de la herencia es ya más fácil de estudiar. Sería fuera de propósito demostrar aquí por qué etapas sucesivas se eleva la memoria de las manifestaciones más sencillas á las más complejas. Basta para nuestro objeto considerarlas bajo dos formas principales, la una orgánica, la otra consciente.

I

El verdadero tipo de la memoria orgánica debe buscarse en ese grupo de hechos que se han llamado acciones automáticas secundarias, por oposición á los actos automáticos, primitivos ó innatos. Los movimientos adquiridos son los que forman el fondo mismo de nuestra vida diaria. De una manera general puede decirse que los miembros del adulto y sus órganos sensoriales no funcionan tan fácilmente, sino gracias á esa suma de movimientos adquiridos y coordinados que constituyen para cada parte del cuerpo una memoria especial, el capital acumulado, sobre el cual vive y por el cual obra, enteramente lo mismo que el espíritu vive y obra por medio de sus experiencias pasadas.

Esta memoria de los movimientos que, notémoslo de pasada, fué acompañada en su origen de conciencia y de esfuerzo voluntario, que ha sido psíquica, ¿es transmisible por herencia? Esta cuestión es muy delicada y ha ocasionado muchas controversias. Los adversarios del trasformismo hacen notar que hay, en el hombre al menos, muy pocos ejemplos incontestables de hábitos transmitidos. Sus partidarios objetan que esta transmisión no es posible sino á fuerza de tiempo, que implica un ejercicio continuo durante varias generaciones y la eliminación de todo influjo antagonista.

Hé aquí algunos hechos desigualmente comprobantes de la herencia de los hábitos.

El más antiguo, el más frecuentemente citado, es debido á Girou de Buzareingues. He conocido, dice, un hombre que tenía el hábito, cuando estaba en la cama, de colocarse sobre la espalda y cruzar la pierna derecha sobre la izquierda. Una de sus hijas tuvo desde que nació el mismo hábito; tomaba siempre esa postura en la cama á pesar de la resistencia de las ropas. «Conozco, añade, muchas hijas que se parecen á su padre y que han recibido de él hábitos extraordinarios que no pueden atribuirse ni á la imitación ni á la educación; y lo mismo pasa con los hijos respecto de su madre. Pero las conveniencias me impiden entrar en ningún pormenor sobre ello (1)». Se ha hecho la objeción de que en los descendientes, como en el ascendiente, este hábito podría ser el resultado de una disposición particular en que la herencia no tenga nada que ver. Esta explicación es poco satisfactoria. Por lo demás, hay otros hechos análogos.

Darwin transcribe una observación de Galton relativa á un hábito que se ha encontrado en tres generaciones consecutivas y que, no produciéndose sino durante un sueño profundo, no puede atribuirse á la imitación. Se trata de un hombre que «cuando estaba tendido sobre la espalda en su cama y profundamente dormido, levantaba el brazo derecho por encima de la cara hasta la frente, después, con una sacudida, lo bajaba, de suerte que la muñeca caía pesadamente sobre la nariz. Este acto no se producía todas las noches, sino solamente de vez en cuando, y era independiente de toda causa apreciable. A veces lo repetía durante una hora ó más, quedando la nariz acardenalada por los golpes.

»Su hijo se casó varios meses después de la muerte

(1) *De la génération*, 282.

de su padre, con una persona que nunca había oído hablar de esa particularidad. Esta hizo la misma observación sobre su marido... Este tic no se muestra jamás en el semi-sueño. Es intermitente como lo era en su padre. A veces dura una parte de la noche. Lo realiza como su padre con la mano derecha.

»Uno de sus hijos, una niña, ha heredado el mismo tic. Se sirve también de la mano derecha, pero de una manera un poco diferente; después de levantar el brazo, no deja caer el puño, sino que con la palma de la mano medio cerrada, pega golpes pequeños y rápidos sobre la nariz. Este hábito es muy intermitente, cesando durante muchos meses, reapareciendo después de una manera casi continua (1).»

El autor anónimo de un artículo sobre la herencia (2) refiere un caso personal. Durante la infancia de su hijo mayor, perturbado por sus gritos, se había habituado á mecer el niño, desde su cama, con el pie, aun estando dormido. Una niña que nació en seguida tenía el tic siguiente: se mecía á sí misma, echando la pierna derecha sobre la izquierda, con intervalos regulares. Este vaivén duraba muchos minutos, y duraba aún cuando la pequeña estaba dormida. Un nieto, nacido ulteriormente, y que se parece mucho á la nieta, tiene el mismo hábito. Se mece con bastante vigor para despertar á su hermana, que duerme en la habitación próxima.

«Señalaré el hecho siguiente, dice Darwin (3), que yo mismo he observado en un niño, y que es curioso como tic asociado á un estado mental particular, el de una emoción agradable. Cuando estaba contento, tenía el singular hábito de mover rápidamente los dedos, paralelamente los unos á los otros; cuando estaba muy excitado, levantaba las dos manos á cada lado de la

(1) Darwin, *L'expression des émotions*, p. 35-36.

(2) Th. L., *Cornhill Magazine*, Junio, 1878.

(3) Darwin, *De la variation*, etc., p. 6.

cara, y á la altura de los ojos, moviendo siempre los dedos. Este niño, al llegar á viejo, todavía necesitaba un gran esfuerzo para contenerse y no hacer esos gestos ridículos. Tuvo ocho hijos, entre ellos una niña que desde la edad de cuatro años movía sus dedos y levantaba las manos exactamente como su padre (1).»

«¿De qué múltiples combinaciones de conformación corporal, de qué disposiciones mentales y hábitos no debe depender la escritura? Y, sin embargo, ¿no se ve frecuentemente una gran semejanza entre la escritura del hijo y la de su padre, aun cuando este último no haya enseñado al primero? En Alemania, Hofacker ha observado la herencia de la escritura, y ha notado que los jóvenes ingleses que aprenden á escribir en Francia tienen una tendencia marcada á conservar la manera inglesa (2).»

Mencionemos un último hecho: «Según Crazz, que ha vivido mucho tiempo entre los esquimales, los indígenas admiten que el talento y la destreza para la pesca de la foca (arte en el que sobresalen) son hereditarios; lo cual es cierto, porque el hijo de un pescador de focas célebre se distinguirá, aun cuando haya perdido á su padre siendo él niño. En este caso son la aptitud mental y la conformación del cuerpo hereditarias (3).»

No es admisible que tantos hechos, cuya lista podría aumentarse mucho, resulten de una simple coincidencia. Hay que admitir que estos hábitos, muchos de los cuales han sido en su origen de naturaleza mixta, á la vez psíquicos y físicos, se han registrado en el sistema nervioso y han producido una disposición permanente. Se ha formado una memoria orgánica, una posibilidad

(1) Schneider, *Der thierische Wille*, V. 417, refiere un ejemplo análogo, observado en su propia familia, así como el caso de un hijo que había heredado de su madre un gesto particular; como ésta había muerto en el parto, no podía invocarse la imitación.

(2) Darwin, *Variation des animaux*, t. II, 6.

(3) Darwin, *Descendance de l'homme*, t. I, p. 125.

de conservar y de reproducir ciertos movimientos, y en los casos favorables esta disposición ha sido transmitida como cualquiera otra. Por lo demás, sin ensayar una generalización prematura, cuyo valor no podría apreciarse sino después de haber conocido los hechos, las leyes y las consecuencias, es imposible no relacionar la herencia y la memoria, no hacer notar al lector que la herencia es una *memoria específica*, que es para la especie lo que la memoria propiamente dicha es para el individuo. Lo siguiente de este libro demostrará que esto no es una metáfora, sino una verdad positiva.

II

Las formas del pensamiento, es decir, esos conceptos generales de tiempo, de espacio, de causa, que son la condición necesaria de nuestra actividad mental, ¿son el resultado de la experiencia de la raza, el producto de la herencia? ¿Es preciso considerarlos como casos de memoria hereditaria, que hubieran conservado en más alto grado que la memoria orgánica, un carácter psíquico? No menciono esta hipótesis sino de pasada; la examinaremos más adelante (1). Debemos atenernos, por el momento, al estudio de los hechos.

Ahora, cuando se busca en la historia ó en los tratados de medicina hechos que establezcan la herencia de la memoria bajo su forma individual, se tropieza con grandes dificultades. Mientras que abundan para la imaginación, la inteligencia, las pasiones, aquí apenas se pueden recoger.

Una enfermedad mental, el idiotismo, nos ofrece, sin embargo, ejemplos. Esta enfermedad, que es hereditaria, como veremos, al menos bajo la forma de atavismo, presenta, entre otros caracteres, una debilidad excesiva de la memoria. Los idiotas no recuerdan en ge-

(1) Véase *Les conséquences*, cap. II.

neral más que lo que interesa á sus gustos, á sus inclinaciones, á sus pasiones. Pero como esto resulta sin duda de la debilidad de las impresiones sensoriales, esta herencia es el efecto de una trasmisión hereditaria más general.

En la historia la misma escasez de ejemplos. Las memorias fabulosas que se citan (Adriano, Clemente VI, Pico de la Mirandola, Escaligero, Mezzofanti, etc.) parecen casos aislados; al menos no podemos seguir su filiación ni remontando ni descendiendo. Encuentro, sin embargo, algunos hechos que notar. Los dos Séneca son renombrados por su excelente memoria; el padre, Marco Aneo, podía repetir dos mil palabras en el orden en que las había oído; el hijo, Lucio Aneo, estaba también especialmente dotado en este respecto, aunque en menor grado.—Según Galton, en la familia de Richard Ponson, uno de los más notables helenistas de Inglaterra, la memoria era tan notable que había llegado á ser proverbial: *the Ponson memory*. El mismo autor «tiene razones para creer que una memoria poderosa exacta para todas las cuestiones de pormenor, caracteriza á la raza judía».—Citaré además á una mujer de una de las más grandes familias de Inglaterra, lady Esther Stanhope, que bajo el nombre de Sibila del Líbano llevó una vida tan extraña y aventurera. Entre las muchas semejanzas que existían entre ella y su abuelo, cita ella misma la memoria. «Tengo los ojos grises y la memoria local de mi abuelo. Cuanto éste había visto, una piedra en su camino, la recordaba; yo también.»

Haremos notar que ciertas formas determinadas de la memoria deben ser hereditarias en las familias de artistas. Como veremos más adelante, el talento de la pintura y el de la música se transmiten muy frecuentemente. Persisten algunas veces durante cuatro y cinco generaciones sucesivas; y está claro que no se puede ser un buen pintor sin tener la memoria de las formas

y de los colores, ni ser un compositor de mérito sin tener la de los sonidos.

En suma, debemos confesar que los hechos no abundan para probar la herencia de la memoria en sus manifestaciones más elevadas. ¿Hay que deducir de ello que esta forma de la herencia es más rara que cualquier otra? No lo creemos, y hasta por nuestra parte, nos inclinamos á la opinión contraria. ¿Cómo, pues, explicar esta escasez de documentos?

La memoria, á pesar de su incontestable utilidad, no representa en la vida humana, y por consecuencia en la historia, más que un papel secundario, pasajero. No produce obras, como la inteligencia y la imaginación, ni acciones brillantes como la voluntad. La memoria no se manifiesta materialmente, como una deformidad sensorial. No cae bajo la acción de la ley, como las pasiones. No es del dominio de la medicina, como las enfermedades mentales. ¿Por dónde, pues, tomarla? Desde luego la escasez de documentos no debe chocar. Pero puede esperarse que, á medida que el asunto de la herencia mental, muy descuidado hasta ahora, sea mejor estudiado, la atención se dirigirá hacia este lado y se comprobará superabundantemente la herencia en éste como en los demás respectos.